



sario, toda esta region quedó bajo del dominio de los emperadores griegos hasta el fin del siglo VII: fué invadida entónces por los Arabes, cuyas armas no encontraban resistencia en ninguna parte, y durante algun tiempo hizo parte del vasto imperio que gobernaron los califas.

La distancia del centro del imperio animó en adelante á los descendientes de los guerreros, que habian subyugado antiguamente á este pais ó á los jefes de los moros, sus antiguos habitantes, á sacudir el yugo y á erigirse independientes. Los califas, cuya autoridad no se fundaba sino en un respeto de fanatismo, más propio á favorecer las conquistas que á servir despues para conservarlas, se vieron obligados á cerrar los ojos á estas sublevaciones, que no se hallaban en estado de reprimir. La Berbería se dividió en muchos reinos, de los que los más respetables fueron Marruecos, Argel y Túnez. Los moradores de estos reinos eran una mezcla de familias árabes, de castas negras de las provincias meridionales, y de moros nacidos en Africa ó expulsados de España, todos sectarios celosos de la religion mahometana, y animados contra los cristianos de un odio supersticioso, digno de su ignorancia y de sus costumbres bárbaras.

Entre este pueblo, no ménos atrevido, inconstante y pérfido que lo eran, si se cree á los historiadores romanos, los antiguos naturales del mismo suelo, las sediciones fueron frecuentes, y el gobierno experimentó una série de revoluciones; mas estos sucesos encerrados en lo interior de un pais bárbaro, son poco conocidos, y merecen poco serlo. Con todo eso, hácia principios del Siglo XVI acaeció una mudanza que hizo á los Estados berberiscos temibles á los europeos, y á su historia mas digna de atencion. Los autores de esta revolucion eran hombres que no parecian destinados por su nacimiento á representar un gran papel. Horuc y Chairadin, ambos hijos de un ollero de la isla de Lesbos, arrastrados por el impulso de un carácter inquieto y animoso, abandonaron la profesion de su padre, corrieron el mar, y se agregaron á una tropa de piratas. Se distinguieron bien presto por su valor y actividad; y

habiéndose apoderado de un bergantincito, continuaron este vil oficio con tanta habilidad y fortuna, que juntaron una armada compuesta de doce galeras y de otros muchos bajeles de menor porte. Horuc, que era el primogénito, y que se llamó Barbaroja por el color de su barba, fué el almirante de esta escuadra. Chairadin era su segundo; pero tenía casi la misma autoridad. Se dieron el titulo de amigos del mar, y de enemigos de todos los que vogaban por sus aguas. El terror de sus nombres se extendió á poco desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Sus proyectos de ambicion se dilataron á medida que su poder y reputacion crecian; y borrarón la infamia de sus piraterías con los talentos y miras que habrian honrado á hábiles conquistadores. Conducian á menudo á los puertos de Berbería las presas que habian hecho en las costas de Italia y de España; y como enriquecian á los berberiscos con la venta de su botin, y con las extravagantes profusiones de sus marineros, eran bien recibidos en todos los lugares adonde anclaban. La situacion ventajosa de estos puertos, vecinos de los grandes Estados de la cristiandad, que comerciaban entónces, inspiró á los dos hermanos la idea de fundar un establecimiento en estas regiones. La ocasion de ejecutar su proyecto se presentó á luego, y no la dejaron escapar. Eutemi, rey de Argel, que habia probado muchas veces infructuosamente á apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Oran habian edificado cerca de esta capital, fué bastante incauto para implorar el patrocinio de Barbaroja, cuyo valor los africanos reputaban por invencible.

El corsario activo recibió con gozó este llamamiento, y dando á su hermano Chairadin la comandancia de la armada, marchó á la cabeza de 5.000 hombres á Argel, en donde fué recibido como un libertador. Una tropa tan respetable le hizo dueño de la ciudad: habiendo observado que los moros no le sospechaban de ningun mal designio, y que además, no teniendo sino tropas armadas á la ligera, no podian resistir á soldados veteranos y aguerridos, asesinó secretamente al príncipe que le habia llamado en su socorro y se hizo proclamar rey de



Argel en su lugar. Despues de haber usurpado la autoridad por este asesinato audaz, procuró conservarla con una conducta ajustada á la índole del pueblo que tenía que gobernar. Liberal con exceso con todos los que se declaraban partidarios de su usurpacion, ejercia una crueldad sin limites contra todos los que tenía motivo de temer sus disposiciones. No contento con el trono que habia conquistado, Horuc atacó al rey de Tremecen, su vecino y habiéndole vencido en una batalla, agregó sus dominios á los de Argel. Proseguia al mismo tiempo infestando las costas de España é Italia con armadas que se asemejaban más á armamentos de un poderoso monarca que á escuadrillas de un corsario. Las depredaciones de estos piratas determinaron á Carlos, desde el principio de su reinado, á enviar al marqués de Gomares, gobernador Orán, un número de tropas suficiente para atacar á Horuc. Este oficial, ayudado por el rey destronado de Tremecen, ejecutó su comision con tal enérgia y habilidad, que las tropas de Barbaroja fuerrón derrotadas en muchos encuentros, y él mismo se vió encerrado en Tremecen. Despues de haberse defendido allí hasta el último extremo, fué sorprendido en el momento mismo en que procuraba escaparse, y pereció combatiendo con valor obstinado digno de sus expediciones y de su fama.

Chairadin, conocido igualmente por el nombre de Barbaroja, tomó el cetro de Argel con la misma ambicion y los mismos talentos, y fué más dichoso que su hermano mayor. Su gobierno, siendo turbado por las armas de los españoles, á quienes las guerras de Europa daban bastante que hacer, arregló con admirable prudencia la policia interior de su reino, continuó sus expediciones marítimas con el mayor vigor y dilató sus conquistas en el continente de África. Pero viendo que los moros y árabes no se sometian á su mando sino con la mayor repugnancia, y recelando que sus piraterías continuas atrajeran un dia sobre él las armas de los cristianos, puso sus Estados bajo de la proteccion del Gran Señor, que le dió un cuerpo de soldados turcos bastante respetable para preservarlo de las insurrecciones de sus enemigos domésticos y de los ataques de los ex-

tranjeros. Al cabo, la fama de sus hazañas, creciendo de dia en dia, Soliman le brindó con la comandancia de la escuadra turca, como al único hombre que por su valor y experiencia naval mereciera oponerse á Andrés Doria, el mayor marino de su siglo. Orguloso Barbaroja con esta distincion, pasa á Constantinopla: su carácter flexible supo tan bien mezclar la sagacidad del cortesano á la autoridad del corsario, que ganó la entera confianza del sultan y de su visir. Les participó un plan que habia formado para apoderarse de Túnez, que era en aquel tiempo el reino más floreciente de la costa de África: el sultan y su visir aprobaron su proyecto, y no le rehusaron nada de cuanto pidió para plantificarlo.

Fundaban sus esperanzas para la felicidad de esta intentona en las divisiones domésticas que despedazaban al reino de Túnez. Mahmed, último rey de dicho Estado, habia tenido de muchas mujeres diferentes treinta y cuatro hijos entre los cuales eligió por su sucesor á Muley Assan, el más jóven de todos. Este príncipe flojo no debia tal preferencia á su mérito, sino al ascendiente que su madre habia tomado sobre el espíritu debilitado del anciano monarca: comenzó por envenenar á Mahmed su padre, á fin de prevenir una mudanza de resolucion; y segun esta política bárbara usada en todos los países en que la poligamia se permite sin que el orden de la sucesion esté bien señalado, quitó la vida á todos sus hermanos que cayeron en sus manos. Alraschid, uno de los primogénitos, tuvo la dicha de escapar de su rabia, y encontró un retiro entre los árabes errantes. Ayudado de algunos de sus jefes, hizo muchas tentativas para recobrar el trono que le tocaba de derecho, mas ninguna salió bien: los árabes, por una consecuencia de su veleidad natural, estaban aún dispuestos á entregarlo á su implacable hermano, cuando se huyó á Argel, único asilo que le quedaba. Imploró allí la proteccion de Babaraja, quien viendo de una ojeada todas las ventajas que podría sacar para sí mismo sosteniendo los derechos de este desventurado príncipe, le recibió con toda suerte de demostraciones de amistad y de respeto. Como Barbaroja se hallaba á la sazón en visperas de



partir á Constantinopla, persuadió con facilidad á Alraschid que le acompañara, prometiéndole los mayores socorros de parte de Soliman, que le pintó como el más generoso y gran monarca del universo. Seducido Alraschid por la esperanza de una corona, estaba dispuesto á creer todo, y todo emprenderlo por obtenerla. Mas apenas llegaron á Constantinopla, cuando el pérfido corsario sugirió al sultan la idea de conquistar á Túnez, y de incorporar este reino á su imperio, aprovechándose del nombre del príncipe destronado, y de las disposiciones del partido que estaba pronto á declararse á su favor. Soliman se prestó muy fácilmente á esta perfidia, bien propia del carácter de su autor, pero indigna de un gran soberano. El sultan juntó en breve un ejército numeroso, y equipó una armada respetable: el demasiado crédulo Alraschid, viendo estos grandes preparativos, se creía ya en vísperas de entrar triunfante en su nueva capital. Pero en el momento en que este infeliz príncipe iba á embarcarse, fué arrestado por orden del sultan, y guardado en el serrallo: desde entónces jamás se ha oído hablar de él. Barbaroja dió la vela hácia el Africa con una armada de 250 bajeles: despues de haber asolado las costas de Italia, y aterrado todas las partes de esta region, apareció delante de Túnez. Al desembarcar sus tropas, declaró que venía á sostener los derechos de Alraschid, que decía haber dejado enfermo á bordo de la galera almiranta. No tardó en apoderarse del fuerte de la Goleta, que domina á la bahía, y del que se hizo dueño, en parte con su maña, en parte por la traicion del comandante. Los tunecinos, disgustados del gobierno de Muley Assan, se armaron y declararon por Alraschid con celo tan vivo y universal, que obligaron á su hermano á huir precipitadamente, sin tener aun tiempo de llevar consigo sus tesoros.

Se abrieron al instante las puertas á Barbaroja como al restaurador de su soberano legítimo: mas cuando se vió que tal Alraschid no parecia en la ciudad, y que en vez de su nombre el de Soliman sólo resonaba en las aclamaciones de los soldados turcos, el pueblo de Túnez comenzó á sospechar la traicion del corsario. Sus recelos, habiéndose cambiado bien

pronto en certidumbre, corrieron á las armas con la mayor furia y rodearon á la ciudadela, adonde Barbaroja habia conducido sus tropas; mas este hábil bandolero habia pre visto esta revolucion y preparádose á ella: mandó inmediatamente apuntar contra ellos la artillería de los terraplenes y dispersó con un vivo cañoneo, acompañado de descargas de mosquetería á los asaltadores, que eran en gran número, pero sin caudillo y sin orden, y los forzó á reconocer á Soliman por su soberano, y á él por vírey.

Su primer cuidado fué poner en estado de defensa al reino de que acababa de apoderarse. Mandó construir con grandes gastos fortificaciones regulares al fuerte de la Goleta, que se convirtió en el abrigo principal de su armada y su gran arsenal de mar y de guerra. Señor de tan gran extension de país, prosiguió ejerciendo sus latrocinios contra los Estados cristianos, y se encontró en disposicion de llevar todavía más léjos y con mayor impunidad sus rapiñas y violencias. El emperador recibia diariamente de sus vasallos españoles é italianos quejas tocante á las vejaciones continuas que cometian contra ellos los navios de este pirata. Toda la cristiandad ponía los ojos en él; tocaba al príncipe más poderoso y más feliz que reinaba entónces, poner fin á este género de opresion tan odioso y tan nuevo. Muley Assan, por su parte, arrojado de Túnez, y no encontrando en ninguno de los príncipes mahometanos de Africa la voluntad ó el poder de ayudarle á reconquistar su trono, acudió á Carlos como á la única potencia que pudiera defender sus derechos contra usurpador tan formidable. El emperador, deseoso igualmente de librar á sus dominios de vecino tan peligroso como Barbaroja, y de mostrarse el protector de un príncipe desgraciado, queria asimismo recoger la gloria que se vinculaba en aquel tiempo á toda expedicion contra mahometanos: concluyó inmediatamente un tratado con Muley Assan, y se dispuso á probar un desembarco en Túnez. Despues del ensayo que habia hecho de sus talentos para la guerra en la postrera campaña de Hungría, habia degenerado en tan codicioso de reputacion militar, que resolvió mandar sus



tropas en persona. Juntó todas las fuerzas de sus Estados para una empresa en la que iba á exponer su gloria y que fijaba la atencion en toda Europa. Una escuadra flamenca trajo de los Países-Bajos un cuerpo de infantería alemana; las galeras de Nápoles y de Sicilia tomaron á su bordo los tercios españoles é italianos, compuestos de soldados veteranos, que se habian distinguido por muchas victorias alcanzadas contra los franceses. El emperador se embarcó en Barcelona con la flor de la nobleza española, á la que se juntó un destacamento respetable venido de Portugal bajo del mando del infante D. Luis, hermano de Carlos.

Andrés Doira se hizo á la vela con sus galeras, las mejor equipadas de todos los navios de Europa, y capitaneadas por los más hábiles oficiales. El papa suministró todos los socorros que dependieron de él para concurrir al logro de este piadoso intento; y el orden de Malta, eterno enemigo de los infieles, prestó igualmente una armada, poco numerosa, sí, pero formidable por el valor de los caballeros que conducia. El puerto de Cagliari en Cerdeña fué el paraje de reunion general. Doria fué nombrado gran almirante de la escuadra, y el mando en jefe de las tropas de tierra se dió al marqués del Guasto.

Esta escuadra, compuesta de cerca de 500 navios, á cuyo bordo iban más de 30.000 hombres de tropas regladas, zarpó de Cagliari el 16 de Julio, y despues de una feliz navegacion, tomó tierra á la vista de Túnez. Barbaroja, que estaba informado con anticipacion del armamento inmenso que hacia el emperador, y que habia discernido con facilidad su objeto, se habia preparado con tanta prudencia como firmeza á defender bien su reciente conquista. Llamó á sus corsarios de todos los lugares en donde cruzaban; hizo venir de Argel todas las tropas que pudo sacar sin desguarnecer esta ciudad; envió mensajeros á todos los príncipes de Africa, moros y árabes, á quienes pinto á Muley Assan como un infame apóstata que, excitado por la ambicion y deseo de la venganza, se habia convertido en vasallo de un príncipe cristiano con quien se unia para destruir la religion de Mahoma; supo inflamar el celo de es-

tos príncipes ignorantes y supersticiosos con tal arte, que tomaron las armas como para defender una causa comun. Veinte mil caballos, con un cuerpo numeroso de infantería, se juntaron en Túnez, y Barbaroja, distribuyéndoles á tiempo regalos, estimulaba su ardor, y le impedía entibiarse; mas conocia demasiado bien al enemigo con quien tenía que habérselas para esperar que tropas ligeras pudieran resistir á la caballería armada pesadamente, y á la infantería veterana del ejército imperial; su principal confianza estaba en el fuerte de la Goleta, y en su cuerpo de soldados turcos armados y disciplinados á estilo europeo. Metió en el fuerte 6.000 de estos turcos al mando de Sinan, judío renegado, el más valiente y experimentado de todos sus piratas. El emperador acometió sin pérdida de tiempo al fuerte. Como este príncipe era dueño del mar, su campo estaba provisto de todos los comestibles necesarios, y hasta de todas las comodidades de la vida en tan grande abundancia que Muley Assan, desacomostumbrado á ver guerrear con tanto orden y lujo, no se cansaba de admirar el poder del emperador. Las tropas de Carlos, animadas con su presencia y haciéndose un mérito de derramar su sangre por una causa tan santa, se disputaban á competencia todos los puestos en donde habia honor y peligro. Ordenó tres ataques distintos, y los encargó con separacion á los españoles, alemanes, é italianos, que los llevaron adelante con todo el ardimiento que inspira la emulacion nacional.

Sinan desplegó por su parte una energía y habilidad que justificaron la confianza con que su amo le habia honrado: la guarnicion soportó con la mayor gallardía la fatiga de un servicio penoso y continuo: mas á pesar de las frecuentes salidas que interrumpian los trabajos de los sitiadores, á pesar de las alarmas que los moros y árabes daban al campo del emperador con sus incursiones continuas, las brechas llegaron á ser tan considerables por la parte de tierra, mientras que la armada batía con el mismo vigor y éxito las fortificaciones construidas por el lado del mar, que se ganó la plaza por un asalto general. Sinan, despues de la más obstinada defensa, se retiró



con las reliquias de su guarnicion hácia la ciudad, atravesando los sitios de la bahía en donde habia poca agua. La toma del fuerte de la Goleta hizo al emperador dueño de la armada de Barbaroja, compuesta de 18 galeras y galeotas, como tambien de su arsenal y de 300 cañones, la mayor parte de bronce, que estaban colocados sobre los terraplenes: tal número de cañones era prodigioso en aquel tiempo. y prueba igualmente la importancia de este fuerte y el poder de Barbaroja. El emperador entró en la Goleta por la brecha, y volviéndose á Muley Assan: *Ved, díjole, una puerta abierta, por la que entrareis otra vez en vuestros Estados.*

Barbaroja conoció toda la extension de la pérdida que acababa de padecer; mas lejos de desmayarse, no se determinó ménos á defender bien á Tunez. El circuito de esta ciudad era demasiado vasto, y los muros se hallaban en harto mal estado para que pudiera esperar defenderla con ventaja; como además no podia contar con la fidelidad de los habitantes, ni esperar que los moros y árabes aguantáran los trabajos y fatigas de un sitio, tomó la atrevida resolucion de avanzarse hácia el campo enemigo á la cabeza de su ejército, fuerte de 50.000 hombres, y de abandonar el destino de su reino al trance de una batalla. Participó su designio á sus principales oficiales, representándoles el riesgo de dejar en la ciudadela 10.000 esclavos cristianos que habia encerrado allí, y que podrían muy bien sublevarse en la ausencia de sus tropas; les propuso como una precaucion necesaria á la seguridad comun, asesinar sin misericordia á estos esclavos antes de ponerse en marcha. Los oficiales aplaudieron con gozo su designio de arriesgar una batalla: mas aunque su oficio de piratas los hubiese familiarizado con todas las escenas de carnicería y de barbarie, la espantosa propuesta de degollar á 10.000 hombres de un golpe á sangre fria les horrorizó; y Barbaroja, más por miedo de irritarlos que por ningun sentimiento de humanidad, consintió en dejar la vida á los esclavos.

Durante este intervalo, el emperador comenzaba á adelantar hácia Tunez; y aunque

sus tropas sufriesen fatigas increíbles al marchar por las arenas abrasadoras que les era preciso atravesar sin poder encontrar agua, y bajo del peso de un sol ardiente, llegaron bien pronto á tiro del enemigo. Los moros y árabes, cobrando ánimo por la superioridad de su número, atacaron á las tropas imperiales desde que aparecieron, y se precipitaron sobre ellas con descompasados alaridos; mas su impetuosidad sin disciplina no pudo resistir un solo instante al choque sostenido de estas tropas regladas; y á pesar de la presencia de espíritu de Barbaroja y de todos los esfuerzos que hizo para reunirlos, á pesar del ejemplo que les daba exponiéndose á los mayores peligros, la derrota fué tan general que se encontró arrastrado él mismo en la fuga de sus soldados hácia la ciudad.

La halló en la mayor confusion: una parte de los habitantes salian de ella con sus familias y bienes: otros estaban dispuestos á abrir las puertas al vencedor; los soldados turcos se preparaban á la retirada, y los esclavos cristianos eran ya dueños de la ciudadela, que habria podido servirle de asilo en este desastre. Dichos infelices cautivos, animados por la desesperacion, se habian aprovechado de la ausencia de Barbaroja, como él lo habia previsto bien: desde que supieron que el ejército estaba lejano de la ciudad, sobornaron á dos de sus guardias, rompieron sus grillos, y forzando sus prisiones rechazaron á la guarnicion turca, y volvieron la artillería del fuerte contra sus tiranos. Barbaroja, furioso y desesperado, se huyó con precipitacion á Bonna, echando en cara á sus oficiales su falsa compasion, y á sí propio la flaqueza que habia tenido en ceder á su dictámen.

En este entretanto, Carlos, satisfecho de una victoria fácil, que no le habia costado casi sangre, marchaba hácia Tunez lentamente y con todas las precauciones necesarias en país enemigo. No conocia aún toda su fortuna. Un correo diputado por los esclavos sublevados, vino á darle parte del feliz logro de sus nobles esfuerzos y de la noticia de su libertad; vió al mismo tiempo llegar comisionados de la ciudad, quienes le presentaron sus llaves é imploraron



su proteccion para preservarlos de los insultos de su ejército. Mientras que se ocupaba en los medios de prevenir el desorden y pillaje, sus soldados; que temian ser frustrados del botin que se habian prometido, cayeron improvisamente y sin ninguna orden sobre la ciudad, y comenzaron á matar y á saquear sin ningun miramiento. Era demasiado tarde entónces para pensar en reprimir su crueldad, su rapacidad y su licencia. Túnez fué cebo de todos los ultrajes que el soldado es capaz de cometer en una ciudad tomada por asalto, y de todos los excesos á que pueden llevar las pasiones cuando están irritadas por el menosprecio, odio que inspira la diferencia de costumbres y de religion. Más de 30.000 habitantes inocentes perecieron á filo de espada en este dia funesto y 10.000 fueron llevados en cautiverio. Muley Assan volvió á subir á su trono por en medio de la sangre y carnicería, con execracion de sus súbditos, sobre quienes habia hecho caer tantas calamidades; fué un objeto de compasion para aquellos mismos cuyo furor era la causa de todos sus males. El emperador lloró el accidente fatal que habia manchado el brillo de su victoria: sin embargo, en medio de esta escena de horror, un espectáculo interesante le hizo gustar una sensacion consoladora y agradable: 10.000 esclavos cristianos, entre los cuales se encontraban muchas personas de distincion, salieron á recibirle cuando entró en la ciudad, y postrándose á sus piés le dieron gracias y le bendijeron como á su libertador.

Al cumplir Carlos la promesa que habia hecho al rey moro de restablecerle en sus Estados, no se descuidó de tomar las precauciones para reprimir el poder de los corsarios africanos, y para afianzar la seguridad de sus súbditos y los intereses de la corona de España.

Concluyó un tratado con Muley Assan, bajo de las condiciones siguientes: que el rey moro poseeria el reino de Tunez como feudo de la corona de España, y haria homenaje al emperador, como á su señor propietario; que todos los esclavos cristianos que se hallaban á la sazón en sus Estados, de cualquiera nacion que fueran, serian libertados sin rescate; que los

súbditos del emperador tendrian en su reino la libertad de comerciar y de profesar públicamente la religion cristiana; que además del fuerte de la Goleta, de que el emperador quedaria en posesion, se le entregarian tambien todos los puertos del reino que estaban fortificados; que Muley Assan pagaria todos los años 12.000 escudos para mantener la guarnicion española, que quedaria en el fuerte de la Goleta; que no contraeria ninguna alianza con los enemigos del emperador, y que le regalara anualmente, en reconocimiento de su vasallaje, seis caballos moriscos y otros tantosalcones. Despues de haber arreglado los negocios de Africa, castigado la insolencia de los corsarios, asegurado á sus súbditos un retiro y á sus escuadras una rada favorable sobre las costas mismas de donde tantos piratas habian venido á asolar sus Estados, Carlos se reembarcó para volver á Europa; la estacion borrascosa y las enfermedades de su ejército no le permitieron ir al alcance de Barbaroja.

Esta expedicion, cuyo mérito los contemporáneos midieron por la generosidad aparente de la empresa, por la magnificencia con que se gobernó y por el triunfo que la coronó, más bien que por la importancia de las consecuencias que trajo, elevó al emperador al colmo de la gloria é hizo de esta época la más ruidosa de todas las de su reinado. Veinte mil esclavos que arrancó del cautiverio, tanto por sus armas como por su tratado con Muley Assan, y á quienes suministró vestidos y dinero para ponerlos en situacion de volver cada uno á su patria, publicaron en toda Europa el elogio de la generosidad de su bienhechor, y ensalzaron su poder y talentos con la exageracion natural á las pasiones del reconocimiento y de la admiracion. La fama de Carlos eclipsó entónces la de los otros monarcas de Europa. Miétras que todos estos principes no se ocupaban sino de sí mismos y de sus intereses particulares, se mostró digno de llenar el puesto de primer soberano de la cristiandad, pareciendo no pensar sino en defender el honor del nombre cristiano y en asegurar el bienestar y tranquilidad de Europa.